

*En este ir a América*

*Los inicios de la enseñanza  
del español en los Estados Unidos  
(1909-1939)*



Mario Pedrazuela Fuentes

*En este ir a América*

*Los inicios de la enseñanza  
del español en los Estados Unidos  
(1909-1939)*

CÁTEDRA

CRÍTICA Y ESTUDIOS LITERARIOS

1.ª edición, 2023

Ilustración de cubierta: postales enviadas por Ramón Menéndez Pidal  
a su familia durante un viaje a los Estados Unidos  
(fotografía de Mario Pedrazuela Fuentes)

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Mario Pedrazuela Fuentes, 2023  
© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2023  
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid  
Depósito legal: M. 10.303-2023  
ISBN: 978-84-376-4629-9

*Printed in Spain*

# Índice

PREFACIO. El poder de una lengua .....	11
EN ESTE IR A AMÉRICA. Los inicios de la enseñanza del español en los Estados Unidos (1909-1939) .....	19
CAPÍTULO 1. El español en los Estados Unidos .....	21
Hispanic Society of America .....	37
American Association of Teachers of Spanish .....	41
Spanish School Middlebury College .....	47
CAPÍTULO 2. Ramón Menéndez Pidal y María Goyri en los Estados Unidos .....	51
CAPÍTULO 3. Los cursos para extranjeros del Centro de Estudios Históricos .....	69
El contenido de los cursos .....	78
Los estudiantes .....	83
Los viajes desde los Estados Unidos a Madrid .....	86
Madrid, sede de los cursos para extranjeros .....	90
Las excursiones .....	94
Exámenes, diplomas y precios .....	98
Los profesores .....	100
CAPÍTULO 4. Un modelo que se extendió: otros cursos para extranjeros en España .....	107
Los cursos de la Sociedad Menéndez Pelayo .....	109
Los cursos de verano de Jaca .....	114
La Universidad de Barcelona .....	117

La Universidad de Madrid .....	118
La Universidad Internacional de Santander .....	122
CAPÍTULO 5. Los primeros profesores de español en los Estados Unidos .....	127
CAPÍTULO 6. Las relaciones científico-culturales entre España y Estados Unidos: la Junta para Ampliación de Estudios .....	137
CAPÍTULO 7. Federico de Onís, primer catedrático español en una universidad de los Estados Unidos .....	147
Antonio García Solalinde y el Seminario de Estudios Medievales de la Universidad de Wisconsin .....	173
CAPÍTULO 8. El Instituto de las Españas .....	181
Clubes de español .....	192
Conferencias .....	194
Publicaciones .....	207
Bibliografía y Archivos de Cultura Hispánica .....	213
Fiesta de la lengua española .....	214
Veladas musicales y teatro .....	215
La Casa de las Españas. El Instituto Hispánico .....	217
CAPÍTULO 9. Una amistad triangular: España-Estados Unidos-Hispanoamérica .....	231
Las Instituciones de la Cultura Española .....	243
El Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico .....	252
BIBLIOGRAFÍA .....	263

*A Modesta y Antonio*





## PREFACIO

# El poder de una lengua

Aunque ahora nos parezca difícil de creer, hubo un tiempo en el que España apostó por la educación y la ciencia para salir de una crisis. El siglo XIX dejó en España varias guerras civiles, la pérdida de las colonias americanas y Filipinas, una crisis de identidad, política, económica, social... Ante esta situación, un grupo de profesores, seguidores del pensamiento krausista, que fueron expulsados de la universidad, crearon la Institución Libre de Enseñanza en 1876, dirigida por Francisco Giner de los Ríos. Su influencia en las políticas educativas ya se nota en la obra legislativa de la Primera República, pero será más evidente en los Gobiernos de principios de siglo. Así es como se crea en 1900 el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, que hasta entonces era una secretaría del Ministerio de Fomento, y sobre todo la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE), en 1907. La JAE, además de enviar al extranjero a jóvenes profesores para formarse con los mejores científicos de su campo, fundó centros de investigación para que cuando regresaran pudieran desarrollar su trabajo en ellos. Así es como se crearon en 1910 el Instituto Nacional de Ciencias Físico-Naturales, el Centro de Estudios Históricos, la Residencia de Estudiantes, y años después la Residencia de Señoritas o el Instituto-Escuela, entre otras instituciones educativas y científicas.

Dentro del Centro de Estudios Históricos, una de las secciones que más avances produjo fue la de Filología, dirigida por Ramón Menéndez Pidal. A lo largo del siglo XIX, los estudios lingüísticos

habían avanzado mucho en los aspectos científicos para estudiar la historia y las variaciones de las lenguas, lo que permitió conocer su evolución, su composición, así como las relaciones existentes entre ellas. Estos progresos se produjeron sobre todo en Europa Central en un momento en el que la idea de nación romántica se estaba formando, y la lengua se convirtió en un pilar fundamental para consolidar esa idea. A España, debido a la situación que estaba viviendo en el siglo XIX de continuas crisis, estos avances tardaron en llegar. El español, una de las lenguas que más hablantes tenía y tiene en el mundo, estaba sin estudiar de la misma forma que lo estaban sus vecinas francesa, italiana o alemana. Hasta los últimos años del siglo XIX y principios del XX, con la aparición de la figura de Ramón Menéndez Pidal y la creación del Centro de Estudios Históricos, no se estableció un plan científico de trabajo y surgieron unos filólogos dedicados a realizar sobre el castellano una labor semejante a la que se estaba haciendo con otras lenguas europeas, en especial aquellas que venían de la rama común del latín. Estos filólogos a los que nos referimos, además del ya citado Menéndez Pidal, que hacía las veces de gran maestro, fueron Tomás Navarro Tomás, Américo Castro, Federico de Onís, Antonio García Solalinde, Amado Alonso, José Fernández Montesinos, Pedro Salinas, Dámaso Alonso, etc. (si nombrásemos a todos la lista se nos haría muy larga).

En pocos años, entre 1910, fecha de fundación del Centro de Estudios Históricos, y 1939, cuando prácticamente se puso final a su funcionamiento con el triunfo del régimen franquista, estos lingüistas situaron a la filología española al mismo nivel que la alemana, francesa o italiana, que eran las que le habían ido mostrando los caminos a seguir. El prestigio científico adquirido por los filólogos a los que se les ha agrupado con los nombres de Escuela de Madrid, Escuela del Centro de Estudios Históricos o con el nombre de su maestro, Escuela de Ramón Menéndez Pidal, se extendió por todo el mundo; de hecho, su modelo de trabajo fue imitado en otros países y sus miembros fueron requeridos por centros de investigación o universidades para enseñar sus métodos y crear, sobre todo en Hispanoamérica, una escuela lingüística semejante.

Los estudios realizados sobre el español aumentaron el prestigio de nuestra lengua al otorgarle una identidad similar al de la francesa o italiana. Demostraron que no era una lengua menor que aquellas, pues contaba con un origen similar, una literatura igual de antigua y prestigiosa y una formación y evolución más completa, al ser de las

tres la que más se alejó de la lengua madre, el latín. Además, el español ofrecía —y sigue ofreciendo— mayores posibilidades de comunicación, al permitir entrar en contacto con personas de 21 países diferentes y acceder a su cultura y literatura, lo que hace que su aprendizaje resulte más atractivo, ya que permite más posibilidades de comunicación.

En Estados Unidos ese interés fue mayor, debido, seguramente, a que gran parte de los países con los que comparte continente hablan español. Aunque el estudio del castellano se venía haciendo desde el siglo XIX por especialistas, intelectuales, escritores que viajaban sobre todo a la península ibérica, su generalización en el sistema educativo estadounidense comenzó en las primeras décadas del siglo XX. Hasta entonces el alemán, el francés y el italiano eran los otros idiomas —aparte del inglés— que un bachiller o universitario estadounidense estudiaba, debido al reconocimiento que tenían y a sus importantes aportaciones a la cultura universal, algo que aún no se otorgaba al español. Sin embargo, el estallido de la Primera Guerra Mundial supuso un cambio. La implicación directa en ella de Alemania y Francia provocó que Estados Unidos, que se mantuvo neutral, pusiera su mirada en el continente americano a la hora de establecer relaciones comerciales al ser imposible mantenerlas con Europa.

Aunque ya existían cátedras dedicadas al estudio del español en algunas universidades de los Estados Unidos, no fue hasta 1916 cuando un profesor español se hizo cargo de una de ellas. Federico de Onís, uno de los filólogos del Centro de Estudios Históricos, llegó a Nueva York invitado por la Universidad de Columbia para ocupar su cátedra de Lengua y Literatura Españolas. Su presencia supuso un gran impulso para la expansión del castellano. Gracias a su labor, se agruparon diferentes instituciones con un interés en la lengua española y la cultura hispánica, entre las que estaban la propia Universidad de Columbia, Hispanic Society of America, American Association of Teachers of Spanish y la Junta para Ampliación de Estudios, entre otras, para fundar, en 1920, el Instituto de las Españas.

El Instituto de las Españas fue el primer centro creado fuera del territorio español para difundir la lengua española y la cultura hispánica más allá de nuestras fronteras. En él se estudiaba español, se daban conferencias, se hacían conciertos y otro tipo de actividades; había una rica biblioteca, se publicaban libros y revistas, contenía una de las mejores bibliografías en español para los investigadores, etc. Su modelo se extendió a otras ciudades de los Estados Unidos: Washington, Chicago, Miami, Nueva Orleans, Filadelfia, etc.

Visto así, podríamos considerarlo como el primer antecedente del Instituto Cervantes. Su modelo de funcionamiento sirvió como ejemplo para los distintos centros que después se crearon por el mundo para la enseñanza del español por tal institución. Su creación y funcionamiento se debió en gran medida al tesón y trabajo de Federico de Onís, quien, desde su cátedra en Columbia, potenció la difusión del español en los Estados Unidos. Con la ayuda de sus compañeros del Centro de Estudios Históricos, Onís logró que profesores, intelectuales y científicos españoles e hispanoamericanos viajaran a distintas universidades y *colleges* del país para ofrecer conferencias; que creciera el número de estudiantes de español en los institutos y en las universidades, que el español adquiriera relevancia en los centros educativos estadounidenses. También promovió que en los departamentos de estudios de lenguas de las universidades se crearan cátedras para enseñar español e incluso que se fundaran directamente departamentos de estudios hispánicos. Y facilitó que llegaran profesores y lectores españoles e hispanoamericanos para cubrir la demanda, que era cada vez mayor.

Federico de Onís fue uno de los grandes artífices de la expansión del estudio de nuestra lengua en los Estados Unidos, pero el camino lo inició, unos años antes, su maestro, Ramón Menéndez Pidal. En 1909 Menéndez Pidal y María Goyri viajaron al país americano para ofrecer una serie de conferencias en universidades del este. Podemos considerar ese viaje como el que inaugura y potencia el desarrollo del español. Pidal ya era un filólogo y científico muy reconocido y su estancia en aquel país le permitió establecer relaciones fluidas con las universidades estadounidenses más importantes y despertar en ellas una curiosidad mayor por nuestra lengua y literatura. Durante ese viaje, María Goyri visitó varios *colleges* femeninos para conocer de cerca cómo era la educación de las mujeres y tomar una referencia que se pudiera implantar en España. Las notas que Goyri tomó acerca de aquellos *colleges* son relevantes para descubrir cómo era el funcionamiento de la educación femenina, pero también nos ayudan a entender otros problemas arraigados en los Estados Unidos de aquellos años, como el de la convivencia racial o la incorporación de las nuevas generaciones de inmigrantes en la sociedad de aquel país.

España, por tanto, se convirtió en foco de atención de los estadounidenses, pero también existía una necesidad de conocer mejor a sus países vecinos de continente con los que poder establecer relaciones. En este sentido, España se sitúa como mediador y pone en rela-

ción los dos mundos: el anglosajón de los Estados Unidos y el hispánico de los países hispanoamericanos. No era fácil ese papel, pues ese puente de unión podía ser evitado en cualquier momento. Por ello, Federico de Onís defendió la colaboración con los países hispanoamericanos a la hora de establecer una política de difusión del español en el país del norte de América. Ejemplo de ello son los cursos para extranjeros que se crean en la Universidad de México o el Departamento de Estudios Hispánicos en la de Puerto Rico, así como la relevancia que el mundo hispánico tuvo en las actividades del Instituto de las Españas. Lentamente, la presencia de Hispanoamérica, en parte por la cercanía geográfica, fue adquiriendo mayor importancia en la enseñanza del español. Cada vez son más profesores y lectores de esos países los que enseñan en universidades, y cada día más temas de su cultura o su literatura son objeto de estudio en los programas.

Ante las grandes dificultades que encontraron en su país para desarrollar sus carreras investigadoras y educativas, fueron varios los filólogos del Centro de Estudios Históricos que se marcharon a los Estados Unidos, donde encontraron la estabilidad profesional que España no les ofrecía. Algunos lo hicieron tras la guerra civil. Varios se exiliaron a aquel país y fueron acogidos en sus universidades y centros de investigación para impartir clases y continuar sus carreras científicas. Los ejemplos más recordados son los de Américo Castro, Tomás Navarro Tomás, Pedro Salinas o José Fernández de Montesinos, por citar solo algunos. La relación entre los filólogos del Centro y Estados Unidos fue intensa y fluida. Fruto de ella se formó una de las mejores escuelas de hispanistas del mundo, formada por los alumnos y alumnas de aquellos que habían creado la filología moderna española y que se convirtieron de alguna manera en los continuadores de las obras de sus grandes maestros.

Aunque en este libro me he centrado en el caso de los Estados Unidos, la expansión del español en centros de educación fue a nivel mundial. Universidades e institutos de distintos países requirieron al Centro de Estudios Históricos jóvenes profesores y lectores para enseñar su lengua, cultura y literatura. Se crearon departamentos de estudios hispánicos y centros dedicados a la lengua y la literatura hispánicas en muchas universidades de Europa y Asia. Tanto profesores como intelectuales o científicos españoles fueron solicitados por estos centros para dictar conferencias, cursos y acercar a los estudiantes a la cultura, la literatura y la ciencia españolas.

El salto, sin duda, fue espectacular. A principios del siglo xx, España seguía en plena recuperación de su crisis general; sin embar-

go, la apuesta que se hizo por la enseñanza y la ciencia empezaba a dar resultados. Poseedora como era de una de las lenguas que más hablantes tenía en el mundo, los filólogos del Centro de Estudios Históricos supieron situar sus investigaciones lingüísticas al nivel de lo que se estaba haciendo en otros países europeos, y dotaron de carácter lingüístico y sobre todo literario y cultural a una lengua a la que hasta entonces no se le quería reconocer. Debido en parte a ello, el español pasó a ser una de las lenguas más demanda por estudiantes del mundo, lo que supuso el mejor de los escaparates para mostrar más allá de nuestras fronteras el valor cultural de España, pero también la imagen de un país que discretamente se acercaba a la modernidad que los tiempos imponían. Esta apertura hacia el exterior que nunca antes había tenido nuestro país quedó truncada por la guerra civil. Como con muchas otras historias, nunca sabremos qué habría sucedido de no ser por aquella guerra sin sentido.

A través de estas páginas se quiere poner de manifiesto el trabajo que hicieron un grupo de filólogos, encabezados por Ramón Menéndez Pidal, para convertir el español en una de las lenguas más relevantes del mundo, en lo que a su difusión se refiere, y en el mejor vehículo para hacer llegar más allá de nuestras fronteras la riqueza cultural, histórica, monumental, paisajística, literaria, etc., de España. Fueron ellos los que fundaron en 1912 los primeros cursos de verano para extranjeros que llenaron las salas de la Residencia de Estudiantes de jóvenes de diferentes países que visitaban Madrid para aprender nuestra lengua y cultura. También se pretende mostrar con este libro cómo, en un momento en el que el estudio de las humanidades estaba en entredicho (en realidad sigue estando en la cuerda floja) debido, según se las acusaba y se las acusa, a la escasa aportación práctica que tenían o tienen en la sociedad, este grupo de filólogos demostró cómo su disciplina, a partir del estudio científico de la lengua, consiguió convertir al español en uno de los principales valores de España en el mundo. Un valor que ha permitido crear y mostrar la imagen de nuestro país a nivel internacional, pero también ha tenido una gran repercusión económica al crear una industria de la enseñanza del español. Tras aquellos cursos de la Residencia de Estudiantes, fueron muchas las universidades que crearon los suyos propios, convirtiéndose la llegada de estudiantes extranjeros en un recurso importante para ellas y para las ciudades que las acogen.

Muchas ciudades universitarias españolas, pienso en Salamanca, Alcalá de Henares o Santander, por citar algunas, se llenan los meses de verano de jóvenes extranjeros que vienen a España para aprender

la lengua, cultura y literatura. En estos cursos han encontrado las universidades un filón que les permite seguir desarrollando su actividad docente en los meses estivales, al tiempo que reactivan la economía de las ciudades con la llegada de los estudiantes. No solo las universidades ofrecen este tipo de cursos veraniegos, también empresas privadas crean sus propias escuelas de idiomas que, desde junio a agosto, y a lo largo de todo el año, se llenan de extranjeros deseosos de conocer mejor el español. El idioma español se ha convertido en un valor cultural, espiritual y económico para el país. Los jóvenes viajan a España para estudiar la lengua, pero también para convivir con sus habitantes, conocer de primera mano sus costumbres, visitar ciudades, monumentos, museos, etc. El trabajo realizado por aquellos filólogos del Centro de Estudios Históricos ha dado unos frutos extraordinarios, situando al español como la tercera lengua más relevante del mundo, tras el chino y el inglés, con más de seiscientos millones de personas que lo hablan en este momento, y con un Instituto Cervantes que lleva a cada rincón del planeta la lengua y la cultura españolas, continuando la labor que ellos iniciaron.

Este libro nace hacia 2018, cuando la Fundación Ramón Menéndez Pidal estaba preparando las actividades del bienio pidalino que conmemoraba los 150 años del nacimiento de don Ramón y los 50 de su muerte. Entre las distintas actividades que se organizaron, se encontraba la realización de una exposición en colaboración con el Instituto Cervantes, con el título «Escalas del español. Los viajes de Ramón Menéndez Pidal», de la que fui comisario. La exposición tuvo lugar en el verano de 2019 en la sede madrileña del Instituto Cervantes. Las investigaciones realizadas para preparar la exposición me llevaron a profundizar más en el tema, partiendo de la documentación que se guarda de aquel viaje que Menéndez Pidal y María Goyri realizaron a los Estados Unidos en 1909. Pude hacerlo gracias al encierro al que nos vimos sometidos debido a la pandemia de la covid-19; durante ese tiempo me dediqué a trabajar en este libro. Fundamental para la investigación ha sido la Fundación Ramón Menéndez Pidal, de la que Sara Catalán me abrió las puertas para trabajar de la forma más cómoda posible; también la Residencia de Estudiantes, donde se guarda una copia del archivo personal de Federico de Onís, cuyo original se encuentra en Puerto Rico, y el Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Columbia, que me ha enviado información de su archivo referente al Instituto

de las Españas. Sin la ayuda de estas tres instituciones no podría haberlo realizado, y por ello les estoy muy agradecido.

También se lo quiero agradecer al profesor Leoncio López-Ocón Cabrera, con el que llevo tantos años trabajando y con el que he aprendido casi todo lo que sé sobre la investigación científica en el campo de las humanidades y en concreto en una etapa tan interesante para la vida cultural, científica y educativa de España como es la que va entre las dos repúblicas. Él fue el primero en leer el texto y apuntarme nuevas ideas y enfoques. Otros amigos que lo leyeron y me dieron sus aportaciones fueron Enrique Jerez, Álvaro Ribagorda e Inés Fernández Ordóñez. Marta Pérez me ayudó en la traducción de los textos. Quiero agradecer, por último, la lectura tan atenta que hizo Almudena Sánchez del manuscrito; con su saber estilístico de la gran escritora que es logró hacer que su lectura resulte mucho más agradable.